

XXX.

UN VIAJE A NAPOLES.

—Observa, hijo mío, decía mistress Needle á su primogénito; en la historia de la Religión no se conoce un *establecimiento* que tenga la regularidad, el espíritu cristiano y el esplendor de nuestra Alta iglesia.—

Se resignaba John á tales discursos; no decía sí ni no; su frente no se desarrugaba, ni fruncía el seño; dejaba llover.

Añadía mistress Needle, cada vez más afectuosa en la mirada, en el gesto y en el tono de su voz:—Obsérvalo, joya mía; nosotros poseemos la flor de las instituciones celestiales; no sólo la Biblia, que honramos como corresponde á un libro escrito

bajo la inspiración del Espíritu Santo, sino también los símbolos de la iglesia primitiva, sin que se pierda la menor cosa; el apostólico, el niceno y el de Atanasio; ¿te parece poco? Además, el designio completo de la iglesia, sus leyes, sus límites, sus dogmas, su moral; todo resumido y claramente registrado en treinta y nueve artículos; ¿se puede imaginar cosa más perfecta? Añade la jerarquía eclesiástica, un sistema que es un dechado de gobierno, al que nada puede añadirse ni quitarse: el ideal, en una palabra, de un gobierno religioso. Es verdad que algún vacío se nota, faltando, como si dijéramos, un Papa; mas suple la graciosa reina Victoria, dando cuerpo y unidad al Alta iglesia; por lo demás, tenemos dos Arzobispos, Obispos, decanos, canónigos, vicarios, curas y cuanto se requiere para el orden de las parroquias. Todo lo tenemos, caro John, todo lo tenemos, gracias á Dios; nada nos falta; constituimos una iglesia perfectísima, ó, mejor dicho, la verdadera iglesia. ¿Qué mas tienen los papistas, que se jactan de una jerarquía mejor ordenada? ¿Qué podrían añadir los *puseistas*, que pretenden restablecer y mejorar el *anglicanismo*?—  
John se frotaba la frente, como sintien-

do nacer en su espíritu una observación contradictoria, y luego se contenía.

La celosa madre continuaba:—Por mucho que miro yo en torno mío, en las comuniones evangélicas nada descubro que se pueda poner en parangón con nuestra iglesia; veo, por el contrario, al salir de ella, que hay cosas deplorables en todas partes. ¿Oíste lo que sir Roberto Smith refería de Ginebra? Pues bien; te confieso que había oído contar á otros las mismas cosas, y que lo contradecía sólo porque me desplace oír las historias que manchan á nuestras iglesias. Lo mismo que pasa en Ginebra, pasa en Zurich, en las universidades alemanas, en América, y hasta en las escuelas evangélicas de Francia. La fe hace sitio para la incredulidad, que se desliza en las cátedras, en los púlpitos y en los sentimientos populares. Entre nosotros no es el racionalismo el que mueve lucha contra la iglesia; es la santurronería, el *tratarianismo*, el *puseísmo*, el *ritualismo*, en suma, todos los *ismos* que nacen del papismo más ó menos disfrazado. No hay otro medio, tratando de ir con rectitud, que atenerse á la Alta iglesia, firme y generosamente: la iglesia, dice San Pablo, es la columna de la verdad, y nosotros la reconocemos por

su noble sencillez, libre de excesos, hostil á las supersticiones, con la Biblia á la derecha y los treinta y nueve artículos á la izquierda.—

Estas dolientes parénesis caían con frecuencia sobre las espaldas de John, que las recibía con singular desemvultura, disimulando el desdén con que las escuchaba.—Según nosotros los anglicanos, decía en su interior, la iglesia es columna de verdad, más solamente cuando no yerra; los artículos de nuestra profesión admiten claramente que la iglesia puede tropezar, así como que los Concilios ecuménicos muchas y muchas veces erraron en materia de fe; luego sólo queda firme la Escritura... No veo por qué la deba entender yo como mi madre, ni por qué se ha de mandar al diablo á los puseístas que la entieden á su modo... En esto tiene razón sir Roberto Smith, que condena únicamente á los adversarios de la Biblia y de la divinidad de Jesucristo.

—Mistress Needle no conocía estas internas rebeliones de su John, y sólo por alguna leve sospecha redoblada sus solicitudes espirituales.

¡Pobre madre! A su ojo sumamente penetrante no podía escondérsele que John

había dejado en la universidad Canbridge una parte de su rigidez puritana, y que venía perdiendo la otra por su familiaridad con Julia. ¿Qué hacer? ¿Alejar á la joven? Hubiese sido una injusticia contra ella, y un daño irreparable á la educación de sus amadas hijas. Si alguna vez, oprimida por el remordimiento y turbada por el horror de ver á John menos escrupuloso en materia de doctrina, dejábase sorprender por la vaga idea de despedir á Julia, poco después, al verla, el insano designio alejábase á mil leguas de distancia, y sin decir nada enmendábase, acariciando más que nunca á la inocente paloma sin hiel, á su amiga tan tierna, á su casi afectuosa hija.

Entonces pasaba en revista otros planes, diciendo:—¿No le podré renovar la prohibición de promover cuestiones religiosas? Pero... ¿qué? ¿Falta ella á su palabra? ¿Acaso es la primera en iniciarlas? ¿No viene todo el mal de John?...? ¿Hablaré á solas con mi hijo, persuadiéndolo de que no debe nunca tocar ciertos puntos? Lo haría, si fuese ménos oso; pero es capaz de coger el sombrero, guarecerse en su propia fortaleza, y seguir tres meses con la cara fosca. Fuera de que no puedo negar que Julia me lo civiliza, me lo pei-

na y me lo pule... Además, si se le ocurriese teologizar con ella en oculto, ¿no sería peor que dejarle un poco con su gusto, bajo la inspección mía?—Por todas partes la desolada mujer descubría daños y peligros dominantes, si bien, casi como una luz entre las tinieblas, resplandecía la esperanza puesta en Smith, llegado felizmente de Florencia.—Este viejo, decía, tiene la lengua un poco larga tratándose de censurar nuestras miserias; mas en el fondo es siempre un fiel del Alta iglesia que supo resistir las insidias del papismo; después de tanto estudiar en Roma y en Italia, ha conseguido confirmarse mucho en su odio á las cosas romanas: luego John y toda mi familia sólo podrán obtener ventajas de sus conversaciones.—

El daño estaba en que sir Roberto Smith, además de ser un lindo parlador y ortodoxo de veinticuatro quilates, tenía el don de incomodarse más de una vez, pareciendo en su virtud que olvidaba sus relaciones con la familia Needle. Habían pasado dos días sin que se dejase ver; luego tres, y luego cuatro. La señora envió á su casa, con el fin de tener noticias. Respondieron: “Está bien;” y nada más.—¡Oh! ¿Se habrá enfadado con nosotros? preguntaba

John á su madre, ansioso de volverlo á ver.

—¡Quién sabe! respondió mistress Needle. Habrás observado que tiene días blancos y días negros; quizás nos hallamos en la semana negra.—

Un artificio sirvió para desenfadar á sir Roberto Smith: la señora y su hijo le visitaron, con el pretexto de invitarle á dar un paseo en coche al día siguiente hasta Fiésolle, á fin de estudiar allí los muros gigantescos de la *acrópolis* vetusta. El viejo aprovechó muy á gusto la ocasión de reconciliarse. La ofensa estaba en su fantasía sólo, habiéndose lastimado por la poca tolerancia religiosa de mistress Needle. Esta, por el contrario, ansiaba más que nunca tratar con él, y ponerlo en relación muy estrecha con su familia, especialmente ahora que una feliz coyuntura tenía lejos de combate á la joven.

Precisamente por aquellos días habíase presentado á Julia una proporción favorable para dar una vuelta por Nápoles. He aquí cómo. Una familia inglesa, de las que frecuentaban los salones de la Needle, compeliada para que volviese á su país, deseó vivamente saludar á Nápoles, á lo menos un poco, antes de salir de Italia. Le pare-

cía un sueño á la joven poder aprovecharse de la oportunidad y ver nuevamente á los suyos con tan buena compañía. Habiendo parecido bien su deseo á los viajeros y á la Needle, pudo pasar dos días entre las más dulces y afectuosas demostraciones de afecto, no sólo de su padre, sino también de su madrastra, de su hermano menor y de su hermana. Desde que se marchó habían trascurrido cerca de seis meses, que á la buena Julia parecían seis años. No menos largos habían parecido á su familia; que recibió el parte telegráfico de aviso como una sonrisa celestial, y la llegada de la joven como una fortuna.

La situación de la casa del conde de los Laureles era mejor, y aunque las epístolas frecuentes habían informado á la desterrada voluntariamente de todas las novedades domésticas, tuvo Julia un placer extraordinario viendo con sus ojos los adelantos conseguidos por los de su casa. El conde Octavio había buscado animosamente y conseguido un empleo en el Monte de piedad, considerando más honroso para un noble católico ganar el pan para su familia, que combatir la fortuna hostil con las manos en los bolsillos. Igualmente

su mujer, hallándose sola y en la precisión absoluta de dirigir su casa entre los rigores de su pobreza, comenzó á comprender hasta qué punto hubiese sido útil para ellos la presencia de Julia. Abriendo iba sus ojos; considerando, aunque de lejos, su conducta, su paciencia, su sumisión, su cordialidad, y sobre todo sus generosas disposiciones en las últimas y penosísimas desgracias de la familia, no cesaba de acusarse á sí propia en secreto; rendía el primer afecto á la joven, manifestándola por medio de cartas su gratitud vivísima.

—¡Oh! ¿Por qué no permaneces con nosotros algunas semanas? preguntó á Julia la condesa de los Laureles, cuando la hubo abrazado tiernamente, y después de besar sus mejillas. ¡Te presentas amenazándonos con partir muy pronto!

El padre, el hermano y la hermana sostuvieron el mismo ataque. Mas Julia fácilmente se defendió, haciendo valer en general la obligación del servicio á que se comprometiera, y su palabra de retornar juntamente con la familia con la que llegara. Después expuso sus razones á su padre, que con vivas instancias la compelió para que volviese á su casa de un modo definitivo. —¡Oh padre mío! ¿Querriais desha-

cer ahora el bien que se ha hecho? Mi alejamiento precisamente conserva la paz aquí, como también cierta bonanza...

—Exactísimo, respondió el conde; mas entre tanto, sin tí envejezco demasíadamente pronto.

—¡Valor! Un año, dos, ó tres... resignación y juicio: nos será más dulce abrazarnos nuevamente después, á su tiempo. De una cosa nace otra. ¡Sabe Dios qué consuelos nos prepara si llevamos tranquilamente nuestra cruz!

—¿Tienes alguna esperanza? ¿Vislumbra acaso algún punto luminoso?

—Yo; nada; me pongo en manos de la Divina Providencia, dijo Julia.

—En el interin, me consumo, sabiendo que comes el pan en casa de otro. ¿Por ventura te has acostumbrado á semejante humillación?

—No deja de parecerme salado el pan ajeno, sobre todo al pensar en nuestra historia; mas, debiendo caer, no podía dar en sitio más blando. Soy amada como una hija, y tratada como una princesa.

—Estoy persuadido de ello: si así no fuese, no podrías socorrernos unas veces con cien libras al mes, y otras con ciento cincuenta: sin embargo, más dulce deslizaría-

se mi vida estando con nosotros... Más te quiero á tí que á tus lirás.

—Oíd, padre mio; lo que me decís lo siento yo también. Mas el afecto es hermoso cuando lo regula la razón. Dejando las cosas como ahora están, teneis bastante casa; pero si me quedase, sería muy angosta: es un pequeño nido, aunque decente, para cuatro personas. Es más: con mi venida aumentaríanse los gastos, disminuyendo las entradas. Por añadidura, la mamá tendría ocasión de pensar en nuestro desastre, mientras que ahora, ocupada en los asuntos interiores, fáltale tiempo para llenarse de tristeza.

—Hablas muy bien, observó el conde Octavio; pero tú lo alegrarías todo con tu presencia.

—Espero que podré un poco más tarde, repuso Julia. Os digo la verdad; á prever yo que habíais de reponeros algo de los golpes sufridos; á imaginar que estuviera el tío á punto de salir de apuros, con la esperanza de recobrar mi dote, no hubiera quizás tomado las de Villadiego tan precipitadamente; mas ahora que me veo embarcada, y que, gracias á Dios, me sopla un viento propicio, ¿á qué fin retroceder? Además, os confieso que mi corazón háse

pegado no poco á la obra que tengo entre manos. Paréceme, si no me alucina el amor propio, que no es inútil completamente mi permanencia con la familia que me acoge. ¿Quién sabe si con el tiempo haré algún bien á aquellos pobres protestantes tan excelentes y afectuosos conmigo?

Fué necesario que el conde de los Lanreles se conformase con estas razones y propósitos de su hija. Julia partió de Nápoles á Florencia, en compañía de los señores ingleses con los cuales había venido. Si bien su escapatoria duró sólo dos días, sirvió admirablemente para renovar las santas afecciones de la sangre, tanto en ella como en su familia. Hizo encajonar diligentemente su colección de historia natural, que había puesto en su casa de recreo, como también su librería, que contenía muchos libros religiosos. Dejó encargado que las cajas estuvieran en disposición siempre de ser expedidas á Parque verde, no bien las solicitase.

Durante su permanencia en la casa de campo, no visitó á sus parientes ni á sus amigos, pasando las horas con los hijos de la madastra, con ésta y con su padre; cubierta, por último, con los besos de todos

y llena de placer por el renovado cariño filial y paterno, se metió en el tren.

Halló en Florencia á mistress Needle y á su familia, como hemos dicho antes.

## XXXI.

## AL TEATRO EN FLORENCIA.

Se acababa de comer en casa de la Needle, hablándose de naderías, pero sobre todo de la próxima vuelta de miss Julia. De pronto un lacayo anunció á la señora que sir Roberto Smith estaba en el salón.

—¡Qué fortuna! exclamó súbitamente mistress Needle. Y apresuróse á recibirlo.

—Vengo con el fin de haceros un pobre regalo, dijo el viejo.

—No sois capaz, respondió la señora, veo, por el contrario, uno excelente, que deseaba muchísimo; vuestra visita.

—Gracias; os contentáis muy fácilmente. De todas maneras, supuesto que sea excelente, admitid el malo también. Conside-